

Puntos de Referencia

Edición online
N° 473, diciembre 2017

“¿Malestar en Chile?” a la luz de las elecciones 2017

Ricardo González T.

Resumen

En alguna medida, las elecciones 2017 contrastaron dos visiones respecto del desarrollo reciente de Chile. Una sombría, que plantea la existencia de un malestar transversal en la ciudadanía, cuyo remedio serían grandes transformaciones político-constitucionales. Otra visión es menos crítica del modelo de desarrollo, de hecho, lo toma como punto de partida para hacerse cargo de los nuevos problemas de la ciudadanía, que han surgido por el éxito de este mismo modelo.

El objetivo de este texto es discutir los resultados de las elecciones a la luz de las visiones pesimistas y algo más optimistas del desempeño del modelo económico, político y social, las cuales fueron analizadas en detalle en el Informe de la Encuesta CEP 2016, “¿Malestar en Chile?”, a partir de un estudio riguroso de los estudios de opinión pública del CEP desde 1990.

Los resultados de la primera vuelta presidencial fueron una sorpresa, respecto de las expectativas formadas a partir de las encuestas. Los candidatos de derecha sumaron 44,57 por ciento, inferior a la suma del resto de los candidatos de centro-izquierda. Muchos interpretaron que esto indicaba un respaldo a la visión pesimista sobre nuestro desarrollo y a la agenda de grandes transformaciones, a pesar de que las elecciones parlamentarias, de CORES e incluso las municipales apuntaban en dirección contraria a esta interpretación. La segunda vuelta presidencial, cuyos resultados fueron coherentes con las tendencias descritas por las encuestas CEP del 2017, confirmó el error de esta interpretación. Se asumió erróneamente que los votantes de Beatriz Sánchez adherían a la agenda reformista de la administración actual y se exageró la importancia de la primera vuelta presidencial, cuando los resultados de las otras elecciones, de mayor carácter ideológico, señalaban lo opuesto.

Por último, la última encuesta CEP del 2017 no se aproximó con precisión a la votación de Sebastián Piñera y Beatriz Sánchez. Dos razones que podrían explicar eso son una menor “carga” ideológica de los votantes que hace que los votos de distintos sectores fluyan con más facilidad que en el pasado y las dificultades para precisar al grupo de votantes probables, ambos conceptos muy relevantes en el contexto electoral, pero que no lo son a la hora de describir las grandes tendencias sociales de nuestro país en las últimas décadas. Por eso razón, el análisis descrito en el citado Informe sigue siendo válido como ejercicio descriptivo de la evolución de nuestra sociedad.

Ricardo González T. Economista, Pontificia Universidad Católica de Chile. Coordinador Programa de Opinión Pública del CEP.

Agradezco los comentarios de Harald Beyer, Bernardo Mackenna y Esteban Muñoz. Cualquier error u omisión es de exclusiva responsabilidad del autor.

Introducción

En alguna medida, las elecciones 2017 contrastaron dos visiones respecto del desarrollo reciente de Chile. Una sombría, que plantea la existencia de un malestar transversal presente en la ciudadanía, cuyo origen sería la desigualdad de los ingresos y la mercantilización de los servicios básicos, que ha generado brotes de rabia en la población, cuya manifestación más evidente serían los movimientos sociales y cuyo remedio serían grandes transformaciones político-constitucionales. Otra visión es menos crítica del modelo de desarrollo, de hecho, lo toma como punto de partida para hacerse cargo de los nuevos problemas de la ciudadanía, que han surgido, precisamente, por el éxito de este mismo modelo.

Por su parte, el CEP ha estado desarrollando una agenda de investigación en materia de comprensión de los cambios sociales, culturales, económicos y políticos que el país ha venido experimentando en las últimas tres décadas, desde que se iniciara el programa de estudios de opinión pública. A partir de los datos acumulados, publicamos el Informe de la Encuesta CEP 2016, titulado “¿Malestar en Chile?”, el cual analiza las visiones sombrías y las menos críticas respecto del desarrollo reciente de nuestro país, a luz de la evolución de las percepciones, actitudes y creencias de los chilenos desde el retorno de la democracia.

El objetivo de este documento es discutir los resultados de las elecciones 2017 a la luz de las visiones pesimistas y algo más optimistas del desempeño del modelo económico, político y social, presentes en el Informe “¿Malestar en Chile?”. Para ello, el texto que sigue se divide en tres partes. La primera discute tales visiones y resume las conclusiones centrales de dicho Informe. La segunda presenta los resultados electorales, sus interpretaciones y posibles confusiones. La tercera, en fin, concluye y

presenta algunos alcances respecto a las encuestas y las diferencias existentes cuando esta información se utiliza para describir a la sociedad de cuando se intenta predecir resultados electorales.

1. Dos visiones respecto del desarrollo reciente de Chile

A propósito de las masivas movilizaciones sociales del año 2011 y años posteriores, un grupo de intelectuales vinculados a la Nueva Mayoría planteó que los cuestionamientos hacia nuestro modelo de desarrollo que se vociferaban en las calles representaban la rabia que la población tenía hacia los pilares económico, político y social de tal modelo, lo que hacía necesario la implementación de cambios radicales a la institucionalidad vigente. Los detractores del modelo hablaban de “malestar” cuando aludían a esa rabia. Esta visión del malestar fue adoptada por la candidatura de Michelle Bachelet en 2013, tal como se aprecia en sus palabras al momento de aceptar su nominación:

“Sabemos que hay un malestar ciudadano bastante transversal. Lo hemos visto en los estudiantes, en su movilización por una educación gratuita y de calidad. [...] La enorme desigualdad en Chile es el motivo principal del enojo; un enojo que se manifiesta, además, como desconfianza en las instituciones [...] Hay enojo, porque hay desigualdad y ésta se mantiene porque hay grupos de poder que impiden las transformaciones que necesitamos y hay demasiado mercado que reproduce las desigualdades iniciales”.¹

A partir de esta lectura de nuestra sociedad, la Nueva Mayoría elaboró un programa que apuntaba a generar una transformación profunda de la institucio-

¹ *El País*, Bachelet lanza su campaña presidencial y promete grandes reformas en Chile, 28 de marzo de 2013. <http://bit.ly/2leXG99>

nalidad político-constitucional —por medio de una reforma al sistema electoral y una nueva Constitución— y un nuevo modelo de políticas económicas y sociales, que contemplaba una reforma tributaria y otra al código laboral y a desmercantilizar algunos ámbitos de nuestra vida en sociedad.

Sin embargo, este supuesto malestar riñe con las sucesivas ganancias de bienestar (subjetivo) que han experimentado los chilenos durante las últimas tres décadas. En efecto, la satisfacción con la vida de los chilenos, una forma de medir el bienestar subjetivo, es muy alta y ha crecido durante las décadas recientes: un 82 por ciento de los consultados en agosto 2015 afirmó estar satisfecho o muy satisfecho con su vida en general, 20 puntos porcentuales por encima de lo declarado por la población en 1995, según datos de las encuestas CEP. En la misma línea, el Reporte Mundial de Felicidad 2017 muestra que Chile alcanzó niveles de felicidad tan altos que sitúan a nuestro país en la segunda posición de América Latina, tras Costa Rica.

No obstante, ¿podría coexistir un alto nivel de satisfacción con la presencia de malestar? El Informe de la Encuesta CEP 2016 muestra que sí, pero no se trata de las muestras de rabia de los manifestantes y atribuidas a la población general. Más bien, se trata de la percepción de que el resto de las personas del país no están satisfechas con su vida, una percepción que el Informe muestra se construye a partir de cómo se percibe la situación económica del país, la situación socioeconómica (educación y acceso a bienes) y la exposición a flujos de información que, por su tendencia a reportar lo conflictivo y controversial, suele generar imágenes más bien negativas respecto de cómo viven el resto de los chilenos. Así pareciera ser que no hay malestar en la vida personal y cotidiana. Más bien, la percepción de malestar se sitúa en el mundo circundante (el resto de los chilenos), al cual sólo es posible acceder de manera mediada.

¿Qué ocurre con la desigualdad? Los chilenos perciben mucha desigualdad en el acceso a servicios esenciales y también que la desigualdad de ingresos no ha cambiado o ha subido, cuando en realidad ha caído lentamente, aunque todavía se sitúa en niveles altos si se compara con los países miembros de la OCDE. Para algunos analistas, ello se debe al "modelo" porque el acceso a éstos está mediado por el ingreso. Si esa teoría fuera cierta, entonces habría mayor demanda por igualdad de ingresos, la cual no se observa en los datos. Los chilenos prefieren que el esfuerzo siga siendo premiado, en vez de mayor igualdad, principalmente, por lo extendida de esta creencia.

No obstante, ¿podría coexistir un alto nivel de satisfacción con la presencia de malestar? El Informe de la Encuesta CEP 2016 muestra que sí.

Estos mismos analistas retrucarán, afirmando que la dictadura "impuso" la creencia en el esfuerzo. Sin embargo, en 25 años de mediciones siempre se ha observado que las causas de la riqueza y la pobreza yacen en el esfuerzo o en su falta de éste, respectivamente. Por otra parte, supongamos que la creencia en el esfuerzo se forma durante el período de socialización y se estabiliza en la adultez temprana². Como en 1990, la mayor parte de los encuestados eran personas de generaciones previas a la irrupción de la dictadura, entonces se podría afirmar que el predominio en la creencia del esfuerzo de esas personas no podría estar asociado

² Inglehart, R. (1997). *Modernization and postmodernization: Cultural, economic, and political change in 43 societies* (Vol. 19). Princeton: Princeton University Press.

a los cambios al modelo de desarrollo de nuestro país ocurridos desde 1973. De esta forma, no se podría asociar al “modelo” un eventual cambio de creencias, que por lo demás, no se observa en un cuarto de siglo de mediciones.

Por otro lado, hay una demanda por más financiamiento estatal para los servicios, a pesar de que no hay más disposición a pagar impuestos. En el extremo, hay sectores que plantean que Chile debería moverse hacia un sistema que garantiza la gratuidad de los servicios esenciales, como la salud y la educación, y un esquema de reparto para financiar las pensiones. ¿Con qué recursos si la población no tiene disposición a pagar más tribu-

El primer problema es la desconfianza en las instituciones en Chile, que ha crecido con el paso del tiempo y alcanza no sólo a las organizaciones públicas, también a las privadas.

tos? ¿Con una mayor progresividad del impuesto a la renta? En Chile, apenas un 20 por ciento paga impuesto a la renta, por lo tanto, mayor progresividad no podrá generar la enorme cantidad de recursos que estas grandes transformaciones requieren. ¿Con impuestos a la riqueza? Tampoco, ya que para que estas reformas sean sostenibles en el tiempo se requiere una mayor contribución de los flujos (ingresos) que de los stocks (riqueza), ya que éstos últimos, por su naturaleza, se acaban, sobre todo si los impuestos definidos son demasiado altos. Entonces, ¿por qué estos sistemas funcionan en otras latitudes, principalmente, en los países escandinavos? Porque en esos países, casi toda la población contribuye a la recaudación tributaria vía impuesto a la renta, algo que en Chile está le-

jos de ocurrir, ya que ninguna candidatura planteó un cambio legal de ese tipo.

¿Qué ocurre con los manifestantes, piedra angular de la hipótesis del malestar? De acuerdo a las encuestas CEP, los participantes de marchas no han crecido durante la década pasada. Todavía se trata de un grupo pequeño relativo al tamaño del conjunto que no está interesado en la política y que no sigue este tema en los medios de comunicación ni en su vida cotidiana. Tampoco ha variado mayormente la composición sociodemográfica: quienes más participaron de las marchas fueron principalmente personas entre 18 y 34 años, pertenecientes a los grupos socioeconómicos ABC1 y C2, que son las personas cuya brecha entre la satisfacción que ellos expresan por su vida y la que le atribuyen al resto es mayor que para otros segmentos de la población. A pesar de las críticas a la institucionalidad vigente presentes en las manifestaciones, la evidencia del Informe de la Encuesta CEP 2016 —utilizando las encuestas de ISSP— muestra una asociación positiva entre la participación en marchas y la satisfacción con la democracia, por lo tanto, la existencia de éstas es signo de una democracia más robusta.

Pareciera ser que el diagnóstico del malestar antes descrito no tiene sustento de acuerdo a la evidencia expuesta en el Informe. ¿Significa esto que no hay problemas que resolver en Chile? Para nada. El Informe identifica dos áreas en que hay problemas, pero que requieren soluciones de una naturaleza diferente de las “transformaciones profundas de la institucionalidad político-constitucional”.

El primer problema es la desconfianza en las instituciones en Chile, que ha crecido con el paso del tiempo y alcanza no sólo a las organizaciones públicas, también a las privadas. La experiencia comparada enseña que esta desconfianza puede coexistir con un razonable desempeño institucional (hay países con mejor desempeño que Chile en este ámbito y con desconfianza más extendida).

El Informe describe las percepciones sobre las instituciones, en particular, la confianza en ellas, como función de la información que los ciudadanos manejan sobre ellas, los criterios de evaluación de las políticas y del gobierno (las aspiraciones), y el desempeño mismo de dichas instituciones. Sobre la información, los medios de comunicación masivos juegan un rol crucial. Dada su tendencia a reportar lo conflictivo y lo controversial, es más probable que tiendan a generar imágenes negativas sobre el desempeño de las instituciones. No obstante, los medios no lo son todo. También el desempeño de las instituciones mismas afecta esas creencias, de acuerdo a la literatura internacional³. Si el funcionamiento de éstas es defectuoso, entonces la cobertura noticiosa será negativa y la realidad estará todavía más alejada de las aspiraciones, en cuyo caso, las percepciones sobre las instituciones se deteriorarán y la confianza que los ciudadanos depositan en ellas caerá.

Es probable que la evolución más reciente de la desconfianza en las instituciones políticas se explique por las investigaciones judiciales de financiamiento ilegal de la política, tráfico de influencias y corrupción. De hecho, en nuestro país, el principal motivo de desconfianza es la corrupción, de acuerdo a la opinión de los encuestados. Sin embargo, la tendencia creciente de la desconfianza, observada durante las últimas décadas, no se explica completamente por este factor. Es posible que esa tendencia alcista se explique por un desempeño de tales instituciones que no ha estado a la altura de lo que los ciudadanos esperan de éstas, aspiraciones que han subido producto del proceso de modernización que ha experimentado el país durante las últimas tres décadas. Hoy estamos en presencia de una ciudadanía más exigente, que demanda más transparencia del Estado y que también se

haga cargo eficazmente de los nuevos problemas que ha traído esta modernización, lo que no se ha cumplido, por eso la desconfianza en las instituciones. Aunque están separadas por fines expositivos, las razones de corto y largo plazo tras la evolución de la desconfianza política apuntan a lo mismo: el funcionamiento de las instituciones. Bajo esta perspectiva resulta crucial mejorar el desempeño de éstas para revertir los bajos niveles de confianza.

El segundo problema es que los chilenos manifiestan mucha preocupación por la ocurrencia de eventos esperados o inesperados que afectan la situación

El segundo problema es que los chilenos manifiestan mucha preocupación por la ocurrencia de eventos esperados o inesperados que afectan la situación económica.

económica y también evalúan mal el funcionamiento de algunos servicios, públicos y privados. Para quienes tienen una visión sombría del modelo de desarrollo, este mismo sistema sería el causante de estas preocupaciones, ya que el acceso a los servicios que atenúan tales inseguridades está mediado por la situación económica de los individuos y por lo tanto, aquellos que tienen menos recursos no podrían acceder a esos servicios. En esa perspectiva, entonces, la demanda por más seguridad sería una por mayor igualdad de ingresos. Sin embargo, la ciudadanía privilegia una visión que descansa en mayor medida en los incentivos y la responsabilidad individual, por sobre una de más igualdad de ingresos y un rol más activo del Estado, por lo tanto, no se observa una mayor demanda por esa forma de igualdad. Si a eso añadimos la imposibilidad de construir un Estado de Bienestar del tipo escandinavo —tanto por baja

³ Norris, P. (2011). *Democratic Deficit: Critical Citizens Revisited*. New York: Cambridge University Press.

disposición a pagar impuestos como por restricciones estructurales de la estructura tributaria y de ingresos de nuestro país—, es posible afirmar que la demanda por más seguridad no está necesariamente relacionada con un deseo de mayor igualdad de ingresos ni con grandes transformaciones que hagan del Estado el único oferente de servicios sociales, más bien, plantea el reconocimiento, por parte de los chilenos, de que existen problemas específicos asociados a las diferentes prestaciones de servicios y que demandan una solución, dentro de los límites de lo ya existente, sin necesidad de ejecutar cambios estructurales.

Un tercer aspecto que se podría convertir en un problema grave es el estancamiento del crecimiento de los ingresos.

Un tercer aspecto que se podría convertir en un problema grave es el estancamiento del crecimiento de los ingresos. El Informe de la Encuesta CEP 2016 muestra que tal crecimiento está asociado directa y positivamente con la satisfacción con la vida y que la pérdida de bienestar (subjetivo) de estar un peldaño más abajo que los padres en la escala de posición social es mayor que la ganancia en bienestar generada por subir un peldaño en la misma escala. Esto significa que la población quiere seguir avanzando y que resiente bastante la desaceleración del progreso.

2. Resultados electorales

Para algunos analistas, la elección presidencial de 2017 era una suerte de plebiscito acerca del tipo de sociedad que los chilenos querían para sí. Por una

parte, se podría afirmar que el candidato más cercano a la visión oficialista, aquella con una mirada pesimista sobre el desarrollo reciente, era Alejandro Guillier. En menor medida, se podrían considerar como oficialistas a Carolina Goic y Marco Enríquez-Ominami. ¿Por qué ellos tres serían oficialistas? Porque los tres ofrecían continuar el programa de reformas iniciado por la Presidenta Bachelet, lo que significaba, al menos implícitamente, que adhería al diagnóstico del malestar transversal presente en nuestra población. En contraste a esta visión, se encontraban José Antonio Kast y Sebastián Piñera, ambos candidatos identificados con la centro-derecha y que, por cierto, tenían una visión algo más optimista de los logros de la transición, y Beatriz Sánchez, candidata del Frente Amplio, coalición que había manifestado su disconformidad con las reformas implementadas por la actual administración, ya que ellas no lograban las grandes transformaciones que, a su juicio, el país requería y que, más bien, se trataban de pequeños cambios que no modificaban los pilares del modelo de desarrollo chileno⁴.

Los resultados de la primera vuelta presidencial fueron una sorpresa, respecto de las expectativas formuladas en torno a lo que estimaban las encuestas (volveré sobre este asunto en la próxima sección). La votación de Sebastián Piñera alcanzó un 36,64 por ciento, poco menos de diez puntos porcentuales menos de lo estimado por las encuestas, mientras que Alejandro Guillier se situó en la segunda ubicación con un 22,7 por ciento de los votos, alineado con lo estimado por los estudios de opinión pública, y Beatriz Sánchez llegó en la tercera ubicación, con un 20,27 por ciento de los votos, mayor a lo arrojado por los sondeos. Si se sumaba la votación de José Antonio Kast (7,93 por

⁴ Sólo por fines expositivos, dejaré a un lado las visiones de Alejandro Navarro y Eduardo Artés, que, por lo demás, capturaron menos del uno por ciento de los votos en las elecciones de noviembre 2017.

ciento) a la de Piñera resultaba 44,57 por ciento, inferior a la suma de todo el resto de los candidatos que se identificaban, en mayor o menor medida, con la centro-izquierda. Muchos interpretaron que los resultados de la elección indicaban el respaldo de la ciudadanía a una agenda de grandes transformaciones, cualesquiera que ellas fueran, y a la visión pesimista sobre nuestro desarrollo, liderada por el oficialismo. La Presidenta Bachelet también se sumó a esa interpretación al afirmar:

“Cuando uno suma la votación de todos los candidatos que quieren continuar los cambios profundos en Chile, eso es mayoría, y por lo tanto, la tesis que algunos habían encontrado de que yo estaba equivocada en mi diagnóstico, (yo) no estaba equivocada”.⁵

Como el candidato oficialista llegaba a la segunda vuelta presidencial, parecía obvio que el resto de los candidatos de centro-izquierda lo apoyarían y que ganaría la elección, al menos, por un estrecho margen. No obstante, había razones para sospechar de esa interpretación. Primero, en diputados, un voto de carácter más duro, los resultados de la centro-derecha fueron mejores que en las presidenciales en términos relativos: Chile Vamos consiguió el 38,68 por ciento de los votos versus el 34,74 por ciento de la Nueva Mayoría (suma de los pactos Fuerza de la Mayoría y Convergencia Democrática) y el 16,49 por ciento del Frente Amplio. Segundo, en Consejeros Regionales, otra elección de carácter más ideológico, las diferencias fueron todavía más grandes y favorecieron a la derecha en términos relativos: Chile Vamos (suma de UDI-PRI y RN-Evópoli) consiguió el 41,43 por ciento de los votos, mientras que la Nueva Mayoría (suma de IC-MAS-PCCH-PPD-PRSD y DC-PS) obtuvo un 34,02 por ciento y el Frente Amplio sumó 11,81 por ciento de las preferencias. Tercero, no es obvio que los sufragios

de un candidato se transfieran automáticamente a otro candidato, más aún en esquemas de voto voluntario.

En suma, parecía ser que las altas expectativas de la centro-derecha y las bajas expectativas de la centro-izquierda, antes de la primera vuelta, configuraron un cuadro de preocupación en un lado y de respaldo de la agenda de transformaciones por otro, aun cuando las cifras de la misma elección y el escenario político en la práctica señalaban algo distinto.

¿Cómo se explica las discrepancias en las votaciones estimadas de Piñera y Sánchez? Una explicación posible tiene que ver con la escasa identificación partidaria e ideológica de la mayoría del electorado.

Un mes después se llevó a cabo la segunda vuelta presidencial. Los resultados también parecieron sorprendidos porque la elección fue menos competitiva de lo que se auguraba bajo la interpretación antes descrita, aunque eran coherentes con las tendencias descritas por las encuestas CEP del año 2017. Dicho eso, ¿cómo se explica, entonces, las discrepancias en las votaciones estimadas de Piñera y Sánchez? Una explicación posible tiene que ver con la escasa identificación partidaria e ideológica de la mayoría del electorado, la cual, en el corto plazo puede generar desplazamientos específicos que encuestas como las del CEP u otras similares difícilmente pueden capturar. Ello, sin embargo, no impide que las grandes tendencias identificadas en la encuesta CEP se manifiesten, tarde o temprano. Volveré sobre este tema en la próxima sección.

⁵ Radio Cooperativa, Presidenta Bachelet: “Hay una campaña del terror bien clara”, 29 de noviembre de 2017. <http://bit.ly/2lhnVLU>

En la segunda vuelta presidencial, Sebastián Piñera consiguió el 54,57 por ciento de los votos, mientras que Alejandro Guillier obtuvo el 45,43 por ciento. Pero no sólo eso. Piñera obtuvo poco menos de 3,8 millones de votos, superando la cantidad de votos de Michelle Bachelet en la elección presidencial de 2013, evento que marcaba el inicio de un nuevo ciclo político, según varios analistas. Por último, en esta elección, finalmente, se rompió la tendencia declinante de la participación electoral, la que alcanzó los siete millones de votantes (48,9 por ciento de los inscritos residentes en Chile). Desde 1989, ella había caído paulatinamente —con excepción a la segunda vuelta presidencial de 1999, momento en que presentó un alza de menor magnitud comparada con la elección de diciembre 2017— como fracción de la población en edad de votar bajo el esquema de voto obligatorio y luego como porcentaje de los inscritos con voto voluntario.

¿Qué pasó con las fuerzas de izquierda en la segunda vuelta? Una simple descomposición de los votos por comuna, realizada por Francisco Gallego y Felipe González, profesores del Instituto de Economía de la PUC, muestra que, en promedio, cerca de un 30 por ciento de los votos de Sánchez no se traspasó a Alejandro Guillier en segunda vuelta, probablemente porque ese grupo decidió abstenerse de votar, ya que el traspaso de esos votos a Piñera, de acuerdo a sus estimaciones, fue casi cero. Por otro lado, Piñera y Kast lograron movilizar muchos más electores en las comunas que les favorecieron en la primera vuelta.

¿Qué significan estos resultados electorales? Los chilenos, ¿quisieron una agenda reformista en primera vuelta y luego se arrepintieron en segunda? Por supuesto que no, más bien, se trata de un error en las interpretaciones de los resultados de la primera vuelta y del ciclo electoral en general. Por una parte, se asumió erróneamente que los votantes de Beatriz Sánchez adherían a la agenda

reformista de la administración actual cuando no era del todo así y, por ende, la suma de votos de los candidatos de la centro-izquierda en primera vuelta no parece haber ocurrido en la segunda vuelta. Por otro lado, se exageró la importancia de la elección presidencial, cuando las elecciones parlamentarias, de CORES e incluso las municipales apuntaban en dirección contraria a la interpretación oficialista de la elección de noviembre 2017. Por ambas razones, en la práctica, el programa reformista de este gobierno no consiguió el respaldo anhelado y recibió un rechazo por parte de los votantes.

¿Significa que los chilenos se derechizaron? Para nada. No hay nada en el Informe de la Encuesta CEP 2016 que indique eso, como tampoco lo muestran los datos de encuestas CEP acumulados desde, al menos, la última década. De hecho, por estos días hay menos gente que se identifica con la centroderecha que en 2005, año de elecciones en las que también compitió Sebastián Piñera.

3. Comentarios finales

¿Qué significan los resultados electorales a la luz de la discusión del modelo de sociedad que los chilenos quieren? Mirados en su conjunto, parecen sugerir que los votantes rechazaron el diagnóstico oficialista del malestar y la agenda de cambios radicales que trajo consigo. Hay analistas que rechazan esta interpretación.⁶ Afirman que Piñera, para ganar la elección de segunda vuelta, tuvo que apelar a la gratuidad en educación superior y a la AFP estatal, entre otros conceptos, los cuales fueron introducidos por la agenda de esta administración. Sin embargo, las propuestas mencionadas, ¿corresponden a grandes transformaciones? Agregar una AFP estatal al sistema no termina con el sistema de previsión de capitalización individual, lo que sí sería

⁶ La Tercera, Fernando Atria: Sobre el significado de la derrota, 23 de diciembre de 2017.

un cambio radical. En tanto, la gratuidad se expandiría a beneficiarios que optan a otras instituciones privadas de educación superior, lo que tampoco parece ser un cambio demasiado relevante, toda vez que la visión más radical en esta materia sugiere que los fondos fiscales financien instituciones estatales solamente.

En líneas generales, parece ser que los votantes respaldaron en las urnas, en todas las elecciones del ciclo electoral recién concluido, una visión en que el crecimiento de los ingresos sigue siendo importante y de reformas específicas a los servicios públicos y privados, que contribuyan a reducir las desigualdades de acceso a ellos, que mejore el funcionamiento del Estado y que atenúen las preocupaciones e inseguridades de los individuos, principalmente, de la clase media, concepto que Sebastián Piñera puso como lema de campaña.

Por último, un comentario sobre la encuesta. El CEP cumplió este año tres décadas llevando a cabo estudios de opinión pública, los que fueron diseñados con el objeto de conocer las preocupaciones, preferencias y necesidades de la población y proporcionar información acerca del acontecer político y económico del país. De esta forma, estos estudios sirven de puente entre la población chilena y quienes se interesan en comprenderla. Por esto, el diseño muestral, que podemos describir como estratificado y probabilístico en todas sus etapas, de la encuesta pretende describir a la población adulta de nuestro país, y no solamente a los votantes. A partir de los datos cartográficos y demográficos más actualizados, se seleccionan al azar 312 manzanas (o entidades rurales), ubicadas en cualquier comuna del Chile continental. Dentro de cada una de estas manzanas se sortean 6 hogares en los cuales los encuestadores deben intentar contactar a algún morador. Una vez contactado un hogar, se selecciona aleatoriamente a un adulto, el cuál es finalmente entrevistado. La aplicación de

este procedimiento es lo que le otorga el carácter de representatividad nacional a los datos de la encuesta. La metodología utilizada no garantiza la representatividad de los datos en áreas más pequeñas como región o comuna.

Sin embargo, en periodos de elecciones, surge interés por un subconjunto de esta población, los votantes, que en un contexto de baja participación relativa y voto voluntario se hacen difíciles de precisar, debido a la caída sostenida de la identificación con partidos y coaliciones políticas desde 1990. Ello

Parece ser que los votantes respaldaron en las urnas, en todas las elecciones del ciclo electoral recién concluido, una visión en que el crecimiento de los ingresos sigue siendo importante.

ha dado paso a un escenario político más "líquido", producto de que la "carga" ideológica de los votantes es mucho más débil que antes, lo que hace que los votos de distintos sectores fluyan con más facilidad que en el pasado, cuando las identificaciones políticas eran mucho más fuertes. Así, es posible que el escenario que capture una encuesta pueda diferir de los resultados en el día de la elección, ya que las preferencias de algunos votantes pueden haber cambiado en el intertanto. Una recomendación para evitar los efectos de ese escenario sería realizar encuestas lo más cerca del día de la elección posible, lo que en Chile no es posible ya que existe una ley que prohíbe la publicación de encuestas quince días antes de los comicios.

Otra razón que dificulta definir al grupo de eventuales votantes es la tendencia de las personas

a afirmar que votarán porque ellas creen que los “buenos ciudadanos” lo hacen, aun cuando no sea su interés hacerlo. Eso se llama deseabilidad social. Para enfrentarla, los encuestadores deben encontrar un conjunto de preguntas que permitan discriminar aquellas personas que de verdad asistirán a las urnas de aquellas que dijeron que lo harían, pero no les interesa hacerlo. En sistemas de voto voluntario, se debe estimar antes del día de la elección quienes acudirán a las urnas, lo que está sujeto tanto a la deseabilidad social como a los contratiempos que las personas puedan sufrir incluso durante el día de la elección. Varios de los problemas de estimación de las encuestas se podrían explicar por los cambios en la conducta de los electores producto de la transición desde un sistema de voto obligatorio a uno voluntario, que no fueron adecuadamente anticipados, principalmente, porque hay pocas experiencias previas que señalen la forma adecuada de aproximarse a la decisión de acudir a las urnas. Los modelos de participación electoral pueden requerir una serie de elecciones para su validación y establecer confianza en ellos. En el CEP realizamos un modelo de votante probable para la primera vuelta presidencial⁷, que se ajustó razonablemente bien a la cantidad de personas que votarían en esa elección, aunque podríamos haber fallado en medir adecuadamente la composición del electorado. El Servicio Electoral todavía no publica la información que permite evaluar ese aspecto.

Estas son dos razones que podrían explicar las discrepancias entre los resultados de la primera vuelta de la elección presidencial 2017 y lo estimado por la encuesta CEP de septiembre y octubre, particularmente en el caso de Sebastián Piñera y Beatriz Sánchez. A pesar de estas diferencias, los resultados

de la segunda vuelta electoral fueron compatibles con las tendencias descritas por las encuestas CEP del año 2017. Ahora bien, más allá del contexto electoral, ninguna de las dificultades mencionadas es relevante a la hora de describir con precisión a la población adulta de nuestro país. Por eso razón, el análisis descrito en el Informe Encuesta CEP 2016 sigue siendo válido como ejercicio descriptivo de la evolución de las principales preocupaciones, preferencias y necesidades de nuestra sociedad. **PdR**

⁷ González, R. y Mackenna, B. (2017). “Un modelo de votante probable para la encuesta CEP”. CEP, *Puntos de Referencia* N° 466: <http://bit.ly/2li6pr3>